



Pregón del año 1988

Aurora Serrano

Queridos amigos de **Labros**: mi más entrañable saludo a los ausentes y presentes que celebramos juntos estas fiestas.

Con mi pregón quiero ante todo, rendir homenaje a nuestros mayores (incluso a los ya desaparecidos). Y a los jóvenes, contarles algunas cosas de nuestra juventud, para que comprendan de nuestra nostalgia y amor por **Labros**.

Porqué venimos cada año con tanta ilusión a nuestro pueblo, al que no nos gustaría ver perdido ni olvidado.

Sabíamos, porque alguien lo contaba, que había grandes ciudades, y nuestros pocos años nos hacían pensar que debían ser maravillosas, pero la vida nos ha demostrado que se aleja bastante de la realidad.

Nos conformábamos con lo que aquí teníamos, al no conocer otra cosa. Íbamos a la escuela a partir de los seis o siete años, a esa que vosotros, jóvenes, habéis visto hundida junto a las ruinas de la iglesia.

Los inviernos eran muy crudos, quizá mucho más que ahora, pero estábamos acostumbrados a ellos, y no teníamos como vosotros: gorros, ni bufandas, ni pantalones, ni impermeables, sino nuestras rebecas y pedugos con alguna que otra tomatera, hechos con la lana que hilaban nuestras abuelas. Si alguna de nosotras heredaba algún abrigo de la hermana mayor, sólo se lo ponía para ir a misa los domingos. Y pensándolo ahora, no sabemos si sería para que nos durara muchos años, para que lo heredara la hermana siguiente, o porque nos estorbaba para jugar ya que nuestra casa, después de la escuela, era la calle.

Las de mi generación tuvimos la suerte de empezar la escuela con doña María, no así las que tienen algunos años más, que al no haber maestro, hacía sus veces el tío Gerardo, el sacristán del pueblo y según cuentan, como libro de lectura tenían El Quijote, en castellano antiguo.

¡Os lo imagináis! Leyendo a trancas y barrancas, trabándose la lengua. Pues allí estaba la vara sobre la repisa de la ventana para dar buena cuenta de los que se reían...

Un recuerdo muy bonito de aquellos años, era: estar pendiente todas las tardes al toque de oración, por si nuestras madres tenían que amasar para hacer el pan al otro día en el horno. Como os cuento, a esa hora, íbamos a casa del tío Santiago y la tía Sara,

para echar suerte de la hora y de la compañera con la que nos tocaría meter el pan al horno a la mañana siguiente muy temprano.

Y se fueron sucediendo las maestras y nosotras cumpliendo años, algunas llegamos a la edad en la que ya podíamos guardar ovejas, no fue esto lo normal, pero sé que les tocó a varias... Las más afortunadas, sólo teníamos en la primavera un pequeño rezago o reato para llevarlo a pastar a las esparcetas, cuando salíamos de la escuela.

Y qué sufrimiento cuando empezaban a correr las ovejas... o si desde el paraje no se divisaba el pueblo, entonces los troncos de las sabinas, las aliagas, los escambrones se nos figuraban fantasmas, alimañas, hombres del saco, el capador... o vete a saber quién... y así con cualquier excusa volvíamos al pueblo, con la consiguiente reprimenda de los padres.

¡Pero sí! Lo que esperábamos con verdadera ansia durante todo el año, y cada año nos parecía un siglo, era la fiesta.

Estrenábamos el único vestido que nos hacían al año, bailábamos al son de la banda de música de Milmarcos, músicos uniformados de azul con galones dorados y gorra de plato con la lira como medalla. Con alguna pesetilla que nos daban por ser la fiesta, comprábamos caramelos, almendras garrapiñadas, martillos, piruletas y globos, muchísimos globos...

¡Ah! Pero aquellas fiestas empezaban algunos días antes, preparando la masa para las magdalenas, mantecados, rollos, y para ir a cocerlos al horno. Únicamente los comíamos en esta época del año y nos parecía que no podía existir nada mejor en el mundo.

Pero con mucho dolor veíamos que, con tantas invitaciones a los que venían de los pueblos vecinos a las fiestas, se iban agotando y había que esperar el año siguiente para volver a probarlos.

¡Aún hay más! Lo bien que lo pasábamos cada día al caer la tarde cuando las mozas y los mozos, chicas y chicos nos juntábamos en la fuente o en el caño, a por agua, con calderos, botijos y cántaros para llenar las tenajas. Los chicos y las chicas más que a por agua, lo que nos gustaba era ver gastarse bromas a los mozos y a las mozas, emparejándolos como novios si se habían volcado el cubo de agua...

Había muchas fechas señaladas que añoramos con verdadera alegría, como la Virgen del Rosario el primer domingo de octubre. Todo el pueblo nos reuníamos en la plaza. El Ayuntamiento nos obsequiaba con nueces recién cogidas de las nogueras de Mochales, vino para los hombres, más de uno se veía contentillo por culpa del vino gratis. Los padres hacían corros alrededor de una barreña, allí echaban su ración de vino con azúcar o miel y pan, formando una buena sopeta.

Qué fiestas cuando había boda, ya empezaba con las “amonestaciones” y, con ellas, la segunda donde se repartía a todo el pueblo pan dulce, cañamones tostados con anises y bebida. Si acaso no estabas invitada, que ocurría muy pocas veces, no te tocaría ir por las casas de todos los vecinos a obsequiarles con el plato de cañamones y torta. Se organizaban fiestas y bailes en honor de los novios, al compás de la guitarra del tío Gabriel y de algún mozo que le acompañaba. El chocolate que daban para desayunar ese día, era el mejor manjar recordado.

Entrañables eran Semana Santa por la limonada, el monumento con los judíos, las procesiones y la culminación del domingo de Pascua. A casi todas nos tocó quitarle el manto negro a la Virgen en medio de la plaza, pues alguna moza prima o hermana había sido mayordoma. Después de cuarenta días de cuaresma, aquella tarde había baile, como el resto de los demás domingos del año.

Tantos y tantos recuerdos vienen a mi memoria que es imposible contarlos ahora. Pero sí os diré lo que sudábamos la gente menuda cuando empezaba el buen tiempo y teníamos que ayudar a nuestras madres a escardar, a acarrear la esparceta, a aprender a segar con la hoz, a echar gavillas, después de habernos levantado a las cinco de o las seis de la mañana, con la tarja a recoger la carne fresca para dos días, a la carnicería regentada por el tío Gabriel. Así a la salida del sol, ya estaba la carne en la fresquera y el cocido en el lato que, por supuesto, era la comida de los trescientos sesenta y cinco días del año, y, el almuerzo: las migas con torreznillos y fruta del tiempo.

La matanza, era una fiesta familiar que duraba tres días, más los tres de cada matanza de las abuelas, tías, primas, vecinas y amigas. Más los días de fritos... Aquello es inolvidable...

Otro día muy recordado, el día cinco de febrero, santa Águeda, día en el cual nos reuníamos, chicos y chicas de la escuela con especial entusiasmo y regocijo, para salir unos por cada lado del pueblo a pedir por las casas, nos era indiferente lo que nos dieran, pero la cosa era recogerlo todo, para, entre nuestras aportaciones y todo lo demás, hacer una buena comilona en casa de la maestra, de la cual aún quedaba para merendar.

Pero la vida sigue y en ocasiones nos parece que ya lo tenemos todo dicho y todo hecho, pero no es así, ya que para seguir adelante, es imprescindible la ilusión y la unión de todos y quien más, quien menos, hemos de procurar arrimar el hombro para rehacer y recuperar algo del pueblo que nos vio nacer, sabiendo de antemano que hay personas que con su empuje constante, su buena disposición y la entrega y entusiasmo en todo momento, son la META, LA ALEGRÍA, y el EJEMPLO para los demás.

Que cada año en estas fechas volvamos todos con aquella y esta ilusión a **Labros**, y vosotros, jóvenes, aunque no sintáis nuestra nostalgia, sí la de haber pasado durante vuestra niñez las mejores vacaciones y fiestas en este pueblo.

Gracias por escucharme y que paséis felices fiestas

VIVAN LAS FIESTAS DEL AÑO MIL NOVECIENTOS OCHENTA Y OCHO.
¡VIVA LABROS!